

llegar antes que fuera muy de noche; pero, por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecía, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor, que de razon se debía tener, que por allí anduviesen bajeles de cosarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero, de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco á poco, y que, si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hizose así, y, poco antes de la media noche seria, cuando llegamos al pié de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, y besamos el suelo, y, con lágrimas de muy alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor Nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viaje: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero, aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriésemos quién nos diese noticia della; pero lo que á mí mas me fatigaba era, el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas, que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba á ella mi cansancio que la reposaba su reposo, y así, nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y, mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pié, y, á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida; y, como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y, metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: ¡Moros, moros hay en la tierra! ¡moros, moros! ¡arma, arma! Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero, considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase

las ropas de turco, y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así, encomendándonos á Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas cuando, habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza, corriendo á media rienda, á nosotros se venian; y, así como los vimos, nos estuvimos quedos, aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado arma. Sí, dije yo: y, queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de dónde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir mas palabra: ¡Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido! porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tío mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo, diciéndole: ¡Sobrino de mi alma y de mi vida! ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y, por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía, comprendo que habeis tenido milagrosa libertad.—Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tío del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya, de alguno que se habia adelantado, sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, así con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que, si no es que la aficion entonces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia, á dar gracias á Dios por la merced recibida; y, así como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dijimosle que eran imágenes suyas;

y, como mejor se pudo, le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse, por medio de la Santa Inquisicion, al gremio santísimo de la Iglesia: los demás cristianos libertados se fueron, cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo, con solo los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y, sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que, el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincón dónde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quién me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, qué deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir, que quisiera habérsela contado mas brevemente, puesto que, el temor de enfadaros, mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua."

CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien Don Fernando dijo: "Por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que, aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara:" y, en diciendo esto, Don Antonio y todos los demás se le ofrecieron, con todo lo á ellos posible, para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades; especialmente le ofreció Don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida, y que él, por su parte, le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto, llegaba ya la noche, y, al cerrar della, llegó á la venta un coche, con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. "Pues, aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene." Á este nombre se turbó la huéspedada, y dijo: "Señor, lo que en ello hay es, que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre